

TOMADO el cerro de la Cueva, la situación del enemigo era desesperada, no quedaban más que la iglesia y la casa de Cruz ocupadas, y como en esas dos partes se hallaban las mujeres, la mayor parte indudablemente huérfanas ó viudas, debían infundir gran desaliento y desmoralización.

Por otra parte, el saqueo é incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas á los reductos de los valientes montañeses.

Veíanse en el día, levantarse del llano, largas nubes negras, formando lentamente espirales que se desvanecían en un gris sucio en el cielo azul. El cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con estruendo el silencio solemne del pueblecillo que parecía desierto.

La guardia de tiradores, en lo mas alto del cerro, intentaba cazar á los que se atreviesen á salir de la iglesia ó de la casa de Cruz Chavez.

A las cinco de la tarde, el corneta de órdenes del cuartel general tocaba *llamada de honor*; el Mayor Bligh jefe del Estado Mayor, leía la orden, nombraba á los oficiales el servicio de *rondines* para la noche, relevándose como se acostumbra en campaña, las guardias, á las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era más visible; las llamas teñían el cielo negro, de fulgores sangrientos que á veces se avivaban, á veces se extinguían para surgir de nuevo, más vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte, como manchas de sangre luminosa.

En el pueblo, los monótonos ladridos de los perros y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos ruidos que alteraban el silencio.

Al amanecer del día 26, el 9.º acompañó el cadáver de su capitán á su entierro, que debía verificarse en el cementerio del pueblo, el que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos.

Estaba cercado con tapias bajas, piedras amontonadas, era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción alguna, pues á los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente

la camilla con el cadáver, los oficiales, un sargento 2.º y seis soldados.

Se depositó el cuerpo en tierra, la que se procedió á cabar con unas barretas que allí mismo se encontraron. A la escasa profundidad de media vara, se dió por terminada la fosa.

Después el sargento cargó su fusil haciendo fuego al aire, por tres veces, y luego el cadáver envuelto en su capote y cubierto con el zarape, se depositó en el fondo, se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras.

Terminada de aquel modo la ceremonia fúnebre, *por el flanco izquierdo doblando*, hizo rumbo á su campamento la compañía.

Los oficiales iban al costado de la columna, silenciosos y tiritando de frío; el sol aun no aparecía.

Triste iba Mercado; marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos *barbechados*.

—¡Pobre capitán Molina,—pensaba,—él tan digno, tan estudioso; él que soñaba con las grandes campañas; tan amante de su patria; morir así, obscuramente, sin gloria, en el fondo de la sierra!...

¡Derramar con heroísmo la sangre por la patria... sucumbir por los ideales... inmolarsé por la libertad y el honor... eso inmortaliza, eso trueca la muerte material en imperecedera vida! Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan desconocida, en guerra tan desigual! El era joven, recién casado... en

Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo... iba á ascender, y... morir en aquella penumbra y de aquella manera, bajo el arma de un obcecado!.... ¡Pobre capitán Molina!

Ah! lo había visto descender á la fosa, tan poco profunda, en un cementerio situado al pie de la sierra!.... Cuando destruyeran por completo el pueblecillo, porque eso era indudable, las fieras del desierto irían á saciar su apetito en los restos del héroe!....

¡Pobre capitán!... ¡Pobre valiente!...

Eran las siete y tras del cerro de Lino, al Oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosión de luz dorada que incendió la cima de los cerros, aclaró el lila del cielo, barrió girones de neblina é hizo centellear el acero de los cañones de los fusiles.

Los soldados volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano á manera de pantalla, para contemplar el astro ajigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacía proyectar larguísimas sombras.

Algunos se pusieron á cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor... el sol ascendía.

¡Pobre capitán!



XXIV

AQUELLA mañana había llegado un convoy de provisiones, de Guerrero, escoltado por un pelotón del 5.º regimiento.

Gran cantidad de harina, algunos botes de petróleo, y cajas de parque formaban estas.

El teniente de la escolta traía instrucciones por escrito, del general Márquez, quien permanecía en Guerrero á la expectativa de los sucesos.

Aprovechando el envío de este convoy no había faltado quien fletara algunas mulas cargadas con barriles de *sotol*, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café.

Desde la salida de Guerrero hasta entonces, no se había dejado de pagar su sueldo íntegro á la tropa, y

como no había en qué gastarlo, todos se encontraban provistos de dinero.

No era nada extraño, pues, que el campamento, en toda la extensión de la prolongada meseta del cerro, presentara un inusitado aspecto de alegría, un desbordamiento de entusiasmo palpitante, en forma de un gran murmullo que se alzaba sordamente en el ambiente fresco y claro de la hermosa mañana.

Cuando la compañía que llegaba de hacer las honras fúnebres á su capitán, estuvo en su lugar en el campamento, un oficial mandó formar pabellones de armas y después por lista se repartió harina, raciones de carne y se administró el *haber* á la tropa en sucios billetes de los Bancos de Chihuahua.

Nombrada una pequeña guardia, al resto de la tropa se le mandó *romper filas*, y soldados y oficiales se dispersaron con gran algazara.

Bien se conocía que ya el *sotol* había empezado á circular, pues los rostros antes fatigados y serios, estaban radiantes, los gritos se multiplicaban. Soldados de todos los batallones, *soldaderas*, paisanos, auxiliares de Sonora y de Chihuahua, con sus pantalones azules y en los sombreros flotando la característica cinta roja, iban y venían en todas direcciones, gesticulando muy animados.

Cerca de la tienda de campaña del general—única del campamento,—en el espacio comprendido entre tres pinos chaparrones, estaba la instalación de los efectos llegados en la mañana.

Se había improvisado un mostrador con viejas tablas subidas con gran trabajo, tras del cual los aventureros, pobres diablos que acompañaban á la fuerza, como ciertas aves al olfatear los cadáveres, no daban abasto á despachar á la compacta muchedumbre de soldados que se agrupaban, entre gritos oscuros y vociferaciones.

Codeándose, empujándose, disputando con palabras crudas, lograban los más listos abrirse paso, provistos de botellas, jarros, ánforas y *dama-juanas*,—ávidos de alcohol; después de una abstinencia de una semana.

Los barriles de *sotol* se vaciaban como si se les desfondara de un golpe; las pilas de cigarros disminuían; los cartuchos de café *torrificado* volaban; desgranábanse las cadenas de chorizos, en tanto que una multitud de manos sucias dejaba caer una verdadera lluvia de papeles azules y verdes en medio de una algazara infernal.

Por supuesto que todo se vendía carísimo—un real las cajas de cigarros, un real cada chorizo y siete reales el cuartillo de *sotol*—y sin embargo, parecía que todo se regalaba; tal furia había por ser despachados antes que se agotara todo!

—¡Hé—hél... ¡ábranse... ábranse con un canasto!—gritaba Castorena, dando de patadas brutalmente y á diestro y siniestro, para abrirse paso.—Venga usted mi teniente, ándale, Mercado.

Castorena, Miguel y el teniente Torrea, llegaron

hasta el tablón del mostrador, después que el grupo se abrió respetuosamente.

El poetastro llevaba un enorme botellón. Habían



resuelto los tres oficiales almorzar juntos una gallina comprada á una *vieja*, carne con patatas, frijoles con chile, gordas de harina y café con *sotol*.

—¡Un verdadero banquetel!—decía Castorena.

—Mira, dijo Miguel, *eso* es lo mas *sugestivo*, como

diría un filósofo moderno—y señaló los barriles de *sotol*.

Llegaron unos *pimas* que subían del valle, iban cargados con santos, *pantalonerías*, enaguas, *abultares*, (1) acordeones y otra infinidad de objetos sacados de las casas del extremo del pueblo; casas abandonadas que acababan de incendiar. Habían subido también algunos asnos y caballos los cuales vagaban azorados por entre la soldadesca.

Castorena compró en cuatro reales un magnífico acordeón. Los tres oficiales con él á la cabeza, con su botellón de *sotol* y su instrumento musical, se alejaron con rumbo al lugar en que un cabo les hervía en una gran olla negra, la gallina.

Eran las diez de la mañana y bajo un sol claro y tibio, se extendía el campamento en plena efervescencia, pintoresco y animado. Entre el abigarramiento de los uniformes sucios y desgarrados, aparecía la nota verde-obscura de los pinos que bordaban los relieves de la gran meseta, mientras una vaga nube azulada envolvía todo el cerro, á causa del humo de las fogatas; de trecho en trecho, resplandecían al sol los pabellones de armas como gigantes y exóticas azucenas de pétalos de acero.

El enorme murmullo aumentaba, las tristes canciones de los soldados, acompañadas por las notas de las guitarras y acordeones tomochitecos, se alzaban entre

(1) «Abultares» ó «abultadores.» llaman así en Chihuahua á las enaguas interiores que usan las mujeres.

las voces tipludas de las soldaderas peleando eternamente, y los gritos imperativos de los oficiales dando órdenes en voz alta.

Un estremecimiento de alegría galvánica sacudía de un extremo á otro el campamento.... había que comer y que beber y se tomaba el desquite de las duras jornadas con ese *rancho*.

Grupos de soldados glotones, rodeaban los puestos de las *viejas* que freían en grandes cazuelas carne de puerco, la que chirriaba en un mar de manteca, saturando el aire de un olor apetitoso que hacía escupir á los que esperaban el almuerzo, no sin calmar su impaciencia con enormes tragos de *sotol*.

Era un magnífico espectáculo. En aquel momento todos se sentían héroes, todos comían, bebían, cantaban ó charlaban contentos y dispuestos á todo.

Ah! pero nadie se acordaba, en aquel abandono de orgía, de los ausentes, de los compañeros abandonados sobre el cerro, los que inmóviles y en trágicas posturas, sangrientos y horribles, yacerían en el Desierto, al lado de las enormes rocas y los altísimos pinos de la sierra!....

No, nadie quería acordarse en aquel instante de alegría y excitación, de las obscuras víctimas del deber....

Hasta Miguel se sintió alegre después del copioso almuerzo que hicieron los tres á la sombra de un arbusto, sentados en el suelo, á la turca, ó recostados y tendidos como en un banquete de antiguos soldados romanos.

De repente cundió con la rapidez del rayo una noticia que les hizo levantarse al acabar de tomar el café.

¡El 11.º iba á tomar la iglesia en aquel momento!

En efecto, el general Rangel había hecho tomar el cerro de la Cueva, como indispensable para apoderarse de la iglesia de Tomochic, por hallarse ésta completamente al pie de él. Un piquete de nacionales de Sonora lo ocupaba, haciendo fuego incesantemente sobre la torre.

El general, en vista de la situación insostenible del enemigo, ordenó que ese día el 11.º batallón la tomase, para lo cual debían ocupar primero las casas, que ésta tiene á su frente, para organizar allí *faginas* provistas de combustible, como rastrojo, ramas secas y paja, y en un momento dado, protegidas por los fuegos de la Cueva, La Medrano, y de las mismas casas, debían al paso veloz llegar hasta el átrio, y en la puerta del templo arrojarla ardiendo. El terrible elemento se encargaría del resto de la obra.

Como en la construcción de la iglesia abundaba la madera, obligados los sitiados, por el incendio, á salir, serían fusilados inmediatamente.

Se dió el mando de la fuerza, compuesta de 40 hombres, al capitán 1.º Francisco Manzano, quien tomaría sus posiciones en las casas indicadas, esperando que el cañón rompiese su fuego para intentar abrir brecha.

Después de dar un gran rodeo, pasando á través de las milpas y tras las asperezas del terreno, la tropa del

once extendida en tiradores, tuvo que atravesar el río; al hacerlo quedaron á descubierto ante la iglesia, y desde las ventanas y arcadas de la torre, mientras los soldados del 11.º con el pantalón arremangado pasaban el río, una lluvia silbante de plomo cayó sobre ellos, haciendo en menos de tres minutos, algunos cadáveres y heridos; mas, después, volviéronse á internar entre los ribazos, las rocas, los grupos de arbustos y extensos sembrados, hasta llegar á las casas abandonadas, muy cerca de la iglesia.

Iban provistos de rastrojo, paja, ramas secas y petróleo. La tropa estaba muy excitada por el *sotol*.

La que ocupaba el cerro de la Cueva, con gran cantidad de combustible y petróleo, debía arrojarlo, favorecida por el viento, en el momento del ataque, cuya señal debía ser un disparo del cañón.

Cuando éste, á las once de la mañana, principió á lanzar sus proyectiles y el corneta de órdenes tocó «fuego,» se desprendieron de las casuchas hombres cargados de leña, hachones encendidos y petróleo.

Feróz granizada retronó entonces por todas partes, contestándose de la torre; pero como á sus ventanas y azoteas apuntaban los federales para impedir que asomasen, el fuego de aquella fué lento, y aun así, al llegar al átrio dos ó tres mordieron el polvo.

Grandes llamaradas envolvieron la puerta, y á la iglesia toda bien pronto la ocultó negra y espesa nube de humo, entre la cual como relámpagos amarillentos, brillaban los fogonazos; allá en lo alto de la torre entre

el estrépito de las descargas, voces estentóreas gritaban:

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Viva María Purísima!

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el 11.º batallón! respondían abajo los asaltantes replegados á las paredes para no ser tocados por las balas.

Hubo un terrible momento... se abrió repentinamente la puerta que empezaba arder, y, carabina en mano, con los rostros ennegrecidos, algunos hombres aparecieron, saltando increíblemente por la hoguera en plena inflamación, y descargando sus carabinas contra los soldados estupefactos, se lanzaron en vertiginosa carrera fuera del átrio, perdiéndose por entre las milpas.

Iban á salir otros, pero desprendiéndose ruidosamente de sus viejos goznes, cayó oblicuamente una hoja que obstruyó la entrada como un muro flamígero...

A la expectativa del horrible espectáculo permanecieron desde aquel momento los sitiadores. Ya todo era cuestión de tiempo.

Entonces las fuerzas restantes del campamento lo abandonaron bajando al valle y subiendo al pueblo, ocupando las casas adyacentes á la de Cruz, en cuya azotea estaba plantada una bandera con los colores nacionales.

La compañía del 9.º, el cuartel general y la pieza, se instalaron en la casa de los Medrano, junto al camino real y al pie del cerro de su nombre.

Había existido una tienda allí y era la más grande

de las de aquel lado. Incendiada el día anterior, el fuego había respetado algunos cuartos y una parte de un portal interior; en la espalda, en la pared que veía al centro del pueblo, se abrieron claraboyas para observar el *cuartelito* (casa de Cruz) y la iglesia que continuaba ardiendo.

Desde allí Miguel observó el espectáculo del incendio. Las llamas debían haber invadido el interior, pues el humo se escapaba de las ventanas y arcos de la torre, y lo terrible de aquello era, que la mayor parte de las mujeres estaban rufugiadas allí.

Y entonces presenció una cosa siniestra y trágica... ¡en lo alto una mujer asomó su cuerpo, y con violento impulso se arrojó al abismo!...

Era ya demasiado, y el general ordenó á su corneta tocar *alto el fuego*, conmovido ante la espantosa escena; pero fué muy tarde porque el incendio había tomado tal incremento, que grandes lenguas de fuego levantaron su penacho rojo por encima de la cúspide, y bien pronto vino el desmoronamiento... oyóse un ruido tremendo, una detonación sorda y prolongada... el techo se desplomó... y luego gran parte del cuerpo de la torre vino abajo, dando paso á la volcánica explosión de chispas y llamas.

Todo había terminado, y solo la casa de Cruz, con sus tres líneas de aspilleras y su altivo pabellón, flameando en lo alto, desafiaba á las fuerzas tristemente vencedoras.

Según opinión del general, la toma del *cuartelito* era difícilísima y exigía las mayores precauciones.

Evidentemente que con las fuerzas restantes había podido tomarse, pero hubiera costado mucha sangre, y el general con razón, quería economizarla. Prefirió perder algunos días más, á perder más gente.

Aquella casa estaba construída con adobes, pero durísimos, al grado que el cañón á 100 metros no abría brecha; la puerta estaba cerrada á piedra y lodo, y como ya ni un resto de esperanza de salvación quedaba á los sitiados, deberían como nunca defenderse, vendiendo muy caras sus vidas. Además, era tal la situación de aquel reducto, al cual convergían todas las veredas del pueblo, cuyo centro era, que dominaba todas las vías y campos que á él conducían.

Nacionales de Sonora y de Chihuahua, «Seguridad Pública» y 12.º batallón dieron pequeños puestos avanzados, ocupando las casas que rodeaban el *cuartelito*, formándole un cerco estrecho.

Entre tanto, el templo en ruinas, y las otras casas del pueblo, continuaban lanzando al cielo azul inmensas espirales de humo, surgiendo de sus escombros; y en la noche tiñeron el horizonte negro con sangrientos resplandores.